

Malos tiempos para la vocación sacerdotal

¿Hasta cuándo tendrá que arreciar el vendaval anticlerical para que algunos cristianos reaccionen, despierten de su mortífero letargo o dejen de mirar para otro lado mientras las iglesias se despueblan, ya desde la más tierna infancia? A simple vista, para una mayoría de cristianos los ataques a la Iglesia, son simplemente ataques a los curas, a los obispos, al papa, pero la cosa no va con ellos. Mortifican y ridiculizan hasta la calumnia, un día tras otro, a sus pastores y los cristianos apenas se sienten concernidos; se diría que los ataques a la Iglesia no los alcanza a ellos, como si una cosa fuera la Iglesia y otra los cristianos. Muchos sacerdotes no se sienten respaldados ni apoyados por los fieles que le han sido confiados y a los que dedican su tiempo, su trabajo, su vida. ¿Cómo extrañarse de que haya pocas vocaciones al ministerio sacerdotal, cómo escandalizarse cuando un sacerdote 'cuelga los hábitos', si los fieles dan con frecuencia la espalda a sus sacerdotes, si apenas valoran su trabajo apostólico, si no oran por ellos, si no les quieren? Se habla mucho de la soledad del sacerdote, y a ella se achacan frustraciones y fracasos vocacionales, pero la soledad más difícil de sobrellevar no es la física, sino la afectiva: que el sacerdote dedicado a una comunidad no sienta el calor de aquellos a los que sirve, o que más bien perciba indiferencia y apatía cuando les

propone implicarse más en las actividades apostólicas y caritativas de la parroquia, o sencillamente cuando invita a una mayor participación en las celebraciones litúrgicas. Cuando un sacerdote no se siente acogido por la comunidad cristiana que le ha sido confiada los problemas normales de la vida sacerdotal tienen más difícil solución, y puede llegar la crisis. Las crisis sacerdotales tienen distintas causas y motivos, pero un factor no desdeñable es la poca estima que las comunidades cristianas tienen y muestran a sus sacerdotes, como si fueran algo ajeno a ellas, y no sus padres en la fe, como ministros que son de los sacramentos y de la palabra. ¿Quién muestra alguna solidaridad a los sacerdotes continuamente maltratados en los medios de comunicación, en las aulas, en los lugares de trabajo, en los grupos de amigos? El cura es carnaza para la murmuración, la crítica, la calumnia, y al parecer sin defensor alguno; entre tantos cristianos bautizados pocos son los que se atreven a dar la cara por sus sacerdotes.

Pero las dificultades para la vocación sacerdotal no provienen sólo del ambiente poco propicio o de la falta de apoyo de los fieles, sino también de los propios sacerdotes. Aunque una mayoría de sacerdotes sean ejemplares por su dedicación a la causa del Evangelio, por su entrega a los pobres, por su servicio desinteresado a todos, no faltan, por desgracia, comportamientos poco o nada acordes con el ministerio sacerdotal. Los escándalos están ahí, y son dañinamente inflados por los medios, pero entre unos y otros dan la impresión de que algunos

pastores de la Iglesia no están dando la talla evangélica que de ellos se espera por su consagración a Cristo, con gran perjuicio para todos. Los recientes escándalos de eclesiásticos, vinculados al sexo, al dinero, o en relación con la violencia o la contestación a la autoridad canónica legítima, deberían ser una llamada a la responsabilidad y a la coherencia: el daño infligido a la Iglesia repercute inevitablemente en la descristianización y en la pérdida de la fe. Los escándalos además de producir una inmensa tristeza, ahuyentan a los posibles candidatos al ministerio sacerdotal. Y así, **entre unos que se van y otros que no entran, la Iglesia se queda sin ministros que anuncien el Evangelio y celebren los sacramentos de la salvación. No es cosa de encogerse de hombros, porque los bienes en juego son muy valiosos: es el porvenir de la fe cristiana en nuestro suelo. ¿Tiraremos por la borda la preciosa herencia recibida a lo largo de veinte siglos?**

José María de Miguel

Universidad Pontificia de Salamanca